

EL ESPÓSTO.

PERIÓDICO DE LITERATURA, TEATROS Y MODAS,

Á BENEFICIO DE LA CASA DE MATERNIDAD

DE ESTA CIUDAD.

Se suscribe en Córdoba en casa de D. Bartolomé Pella á 12 rs. trimestre llevado á casa de los Sres. Suscritores, y á 15 fuera de ella franco de porte, remitiendo su valor por medio de una libranza sobre correos á favor del Director.

NOTA. No se admiten cartas ni reclamaciones que no vengan francas.

ANGEL.

I.



RA el Carnaval de 1840: en la noche de su primer día una música estrepitosa y entusiasmadora resonaba en los salones de la casa de la vizconde-

sa de Santa Ana: tocaba un wals bullicioso, y á su compás volaban innumerables parejas sobre las alfombras del pavimento, embriagadas en el deleite del baile: allí el amor no tenia límites; el amante hablaba á su querida sin la vigilancia del severo padre: otro, á quien los obstáculos no dejaban declarar su pasión, ha logrado por fin aposeñarse á ella, y en medio del wals, de las sensaciones causadas por los vibradores ecos de la música, han sido admitidas sus palabras, y amor le cubre con

todos sus placeres: con su brazo rodea la cintura esvelta de la jóven hermosa que ha prometido amarle, y así enlazado se arroja dando vueltas ébrio de placer en medio de aquella multitud de danzadores que no reparan en él, y él no los mira: desparece ligero entre las ondulaciones de las innumerables parejas, que se multiplican al reflejo de la luz artificial, y cercado de otros tantos dichosos como él, no vé, no oye, siguen sus pasos los compases de la orquesta mientras fascinado, clavada su vista en su bella que le dirige ardientes miradas, respira su aliento perfumado, cual la ambrosia de los Dioses: ve palpar su seno de cansancio, de placer, de amor: siente latir aquel corazón que le ha sido entregado; y ébrio, delirante, viene á sentarse al lado de la que ama en el sitio mas apartado del bullicioso salon.

Entre tanta beldad, ninguna pudiera igualarse con Leoncia de San-

ta Ana, hermana de la vizcondesa. Su figura hermosa sin adorno, era alta, y su talle esvelto y flexible se doblegaba y volvía á desplegarse al compás de la música. Su frente blanca y despejada, sus ojos negros y penetradores, daban á conocer su alma grande y susceptible á la pasión; su rostro nacarado donde brillaba una altiva sonrisa de languidez y de fatiga, parecía que los placeres hubiesen llenado sus días pasados con todos sus encantos, y que ya cansada de gozar, despreciaba todo lo que la cercaba, y solo por orgullo se presentaba aquella noche en el baile de su hermana.

Leoncia es viuda, y apenas ha cumplido veinte y dos primaveras: rodeada de adoradores, obsequiada por todos, recibe con coquetería sus amores, y á ninguno ama: quiere amor de todos y no amar á ninguno; quiere ser libre, para hacer esclavos; le agradan los juramentos de todos, pero no responder á ninguno; y aun en medio de tantos obsequios, no está contenta, quiere mas amantes, quiere que aun se doblen mas rodillas ante su hermosura.

En esta noche, Leoncia ha rendido otro corazón, tiene un nuevo amante: pero este amante no es como los que la rodean, es tímido y ruboroso, es un niño. Este amante es Angel, el pintor, el poeta: Angel ha venido al baile porque la vizcondesa le ha convidado: la ha retratado y le gusta el carácter débil y ardiente del pintor, y Angel ha querido que sea de sus convidados: el joven poeta se ha presentado en medio del bullicio solo, sin experiencia, con un corazón fogoso y una imaginación febril; sin haber conocido los placeres del mundo, ni los engaños de dolor que bajo sus flo-

res encubre, ni sus días de hiel amarga con que laceran el entusiasta corazón que una vez gozó de la dicha y que vuela después cual una ilusión fantástica.

Angel apenas ha cumplido diez y seis primaveras, y aunque tan joven, su alma es grande, sublime, llena de todas las sensaciones dulces y tiernas que el alma de un pintor y de un poeta puede abrigar; sus cuadros espresan el gozo y el dolor, aunque él jamás haya sentido estos dos enemigos del corazón: sus poesías derraman amores y alegrías, y él nunca los conoció: su vida hasta entonces igual y serena se ha deslizado solo llena de entusiasmo por el arte, de amor por los personajes que trazaba su pincel.

Angel es hermoso como el ángel de la vida: tiene una larga y rubia cabellera y unos grandes ojos azules: en ellos se descubre el candor de la inocencia y el fuego de las pasiones aun no desarrolladas: es delgado y esvelto cual el ciprés ondulante; pero tímido y reservado cual la gazela del desierto. La vizcondesa le ha llamado al entrar y le ha sentado á su lado: el poeta no baila, pero su protectora le dá á conocer los personajes que allí se encuentran, y el niño le habla de poesía y de pintura.—Vizcondesa, le dice, tengo que pintar un cuadro de locura, y vuestro baile me servirá de tipo.—¿No os agrada el baile, Angel? ¿No os agradan las sensaciones de la música, y los dulces momentos que en medio de sus ecos resvalan?—Señora, en cuanto á la música estasia mi alma; pero en cuanto á esos momentos que decís tan felices, yo jamás los he pasado, jamás he tenido quien me los inspire, porque creo debe ser un solo ob-

jeto el que haga experimentarlos al compas de la orquesta, y no ese tropel de danzadores que se suceden unos á otros. = Vos no habeis amado, Angel, y no sabeis lo que son goces en la vida; no sabeis lo que son delicias y placeres. = Es verdad que no he amado, pero la pasion no la miro yo como un goce, la considero como un tormento de la vida, como el enemigo de la tranquilidad. = Jóven! ya direis lo contrario y vuestra vida serán las horas de la pasion: ya amareis. = Ah señora! yo amaré algun dia, si, porque todos los hombres tienen que amar, pero mi destino es triste y doloroso, y nunca seré feliz.

En aquel momento cortó la conversacion Leoncia, que durante la contradanza habia visto entrar al poeta y le habia gustado su figura inocente y sencilla, y al concluirse se retiró con aire de languidez amorosa, y fué á sentarse al lado de la vizcondesa. = Hermana, la dijo esta, aqui te presento á mi retratista: al jóven pintor Angel, de quien ya te he hablado. — Ah! sois vos, caballero, de quien mi querida hermana me ha hecho tantos elogios? deseaba conocer tal personage, y ahora que le veo, creo merece mas que lo que esta me ha dicho de él. = Gracias, señora, mis méritos son demasiados cortos para tantos elogios: es un favor que vuestra bondad y la de la vizcondesa me dispensa. — ¿Sois tambien poeta? = Si, hago versos sin inspiracion.

Angel mira aquella muger y la ve mas hermosa que las vírgenes de sus cuadros: la contempla entusiasmado, y si Leoncia le mira, el jóven baja su vista porque teme ofender á su hermosura con su mirada fija y ardiente; su corazon late por ella lo que jamas sintió: Angel por

fin ama: Angel ama á la reina del baile: Angel ama á Leoncia de Santa Ana.

II.

Fantasmas ilusorias de la edad juvenil, como entusiasmais el corazon y lo martirizais al mismo tiempo: sois hermosas; pero vuestra hermosura encubre dolores y penas que no podemos ver a través del velo dorado de placer con que os presentais á nuestra vista; vuestros brillos nos deslumbran, los creemos duraderos y, tristes de nosotros, son bien ficticios: nos arrojamos en pos de esos momentos de dicha con que nos brindais, y despues de correr tras ellos delirante y con el alma abatida, cuando ya deberiamos ser recompensados, entonces solo hay desengaños; en vez de ilusiones, dolores en vez de dicha, y espinas duras en vez de las guirnaldas de flores que debieran ceñirnos y embalsamarnos con su aroma.

Angel ama á Leoncia de Santa Ana desde la noche del baile: Angel la ama con todo el delirio de una alma inocente y pura, con todo el entusiasmo de un pintor y de un poeta, con todo el fuego de un corazon de diez y seis años, inocente y lleno de ardientes fantasías que abrigaba el alma de aquel niño, sin él saberlo, y que al ver á Leoncia, al oir el eco de aquella voz seductora, Angel se estremeció, y su corazon hasta entonces igual y tranquilo, le sintió oprimido, latir desordenadamente; su cabeza la sintió embargada, su sangre circulaba por sus venas cual si llevase fuego: no veia el salon ni el baile, ni oia la música: habia quedado ciego para todo el mundo: solo á Leoncia veia, solo respondia á sus palabras, cual si

fuese el eco de la voz de la beldad.

Angel va todos los días á casa de la Vizcondesa y alli se deslizan sus horas llenas de placer, con solo ver á Leoncia: jamas la habla de amor, ni le dá á conocer el estado de su alma; y aunque cada día forma proyecto de decision, se desvanecen al llegar á la ejecucion, y toda su dicha se reduce á contemplar á aquella mujer que tanto ama, á oír sus palabras, á escuchar los sonos melodiosos que salen bajo sus dedos cuando pulsa las teclas del piano, y el poeta entusiasmado se cree en el cielo y calla: ama, pero con el alma; su corazon pide amor, pero sus labios no lo dan á conocer, y huyen los días de su vida lijeros como el relámpago, cubiertos de embriagueces, de ilusiones, de fantasias, y huyen así, porque ama con el alma, porque es puro su corazon.

Cuando lejos de Leoncia el pintor en su solitaria habitacion, recuerda las horas que han pasado, los momentos que desaprovechó, maldice su suerte y su timidez, y forma nuevos planes que tambien son desvanecidos cuando vá á ejecutarlos; parece loco ó ebrio: ya no pinta: arrojó lejos de sí sus pinceles, y abandonó sus cuadros porque no le parecen hermosos, porque no encuentra nada bello sino Leoncia: hace poesias que respiran el fuego de su alma y el delirio de su cabeza: ninguna concluye, son pensamientos que se agolpan en tropel á su imaginacion calenturienta, y las sensaciones que le causan abrasan su cerebro y martirizan su alma: arroja desesperado la pluma, se levanta, oprime su cabeza rubia y hermosa con ambas manos, dá grandes pasos por su habitacion, y se arroja sobre su butaca llorando. Debil niño! este es el amor

puro, el amor primero, el amor del delirio y de la desesperacion.

III.

Leoncia de Santa Ana ama al pintor desde que le vió; pero le ama con orgullo: le ama porque es bien hermoso. le ama porque quiere probar aquella alma tan ardiente y tan pura, y quiere ver á sus pies al poeta, y escuchar sus cánticos y sus fantasias dirijidas á ella; y desplega todas sus gracias para seducirle mas y mas; pero mientras el poeta vé mas hermosura y mas encantos, crece mas su amor, y al mismo tiempo se aumenta su timidez.

Desesperada Leoncia de ver que el poeta calla á pesar del tiempo que hace que sus ojos le brindan con el amor, y sintiendo en su pecho sensaciones que no conoció, pero que desprecia como ajenas de sí, busca la ocasion de estar á solas con el joven, de provocarle á una esplicacion, si el no se atreve, y con su esperiencia hacerle rendir su amor á sus miradas seductoras, que tambien sabe emplear aquella hermosa mujer.

M. Diez F. de Cordoba.

(Se continuará.)

Á LA NOCHE.

Tu faz oscura y plácida tristeza
Siempre he querido de entusiasmo lleno,
Y admirado tu mágica belleza
Sobre un cielo de azul, puro y sereno.

El rumor de las auras susurrantes,
El perfumado aliento de las flores,
Las estrellas, vivificas, radiantes,
Mudos testigos son de los amores.

¡Luna! Tu brillo y tu hermosura
 En medio de esos globos relucientes,
 Al alma pensadora en su tristura
 Infunden mil afectos reverentes.

Las citas amorosas, los ensueños
 Mas dulces son á tu fulgor velado,
 Mas suaves las brisas, mas risueños
 Los solaces de un ánimo angustiado.

Estasiado en silenciosa calma
 Contemplo tus destellos esplendentes,
 Mágico hechizo convidando al alma
 En esos cielos de cristal lucientes.

Pura refleja la modesta luna
 Su frente de topacio y de esmeralda
 En las aguas de límpida laguna
 Ostentando su fulgida guirnalda.

Tu triste ¡oh noche! oscuridad sublime
 Anhelo mas que el resplandor del día,
 Porque en tus bellas horas no me oprime
 El peso horrible de misera agonía.

El pensamiento con su rauda vuelo
 Se eleva ardiente á las oscuras nubes,
 Queriendo penetrar allá en el cielo
 La mansion eternal de los querubes.

Y el alma melancólica se lanza
 En medio de magnificos espacios,
 Y ensueños de ventura, de esperanza,
 Se finge de záfiro y topacios.

Tu lúgubre silencio misterioso,
 Y de la selva el lánguido murmullo,
 Emblema de la vida es compendioso
 Cual de brisa fugaz ligero arrullo.

Todo es bello y magnifico en tu imperio:
 La natura parece se reclina
 En tus horas de paz y de misterio
 Vagando el alma en ilusion divina.

Si en tu reinado calman algun tanto,
 las penas de los miseros mortales

Ven ¡oh noche! á en jugar el triste l'auto
 Que derraman mis ojos á raudales.

J. D. MORA.

LAS NUBES.

Traduccion.

Quando me hallaba en alta mar, no teniendo por espectáculo sino el cielo y el agua, complaciamme algunas veces en dibujar las bellas nubes blancas y grises, que parecidas á las cumbres de las montañas, vogaban unas tras otras, sobre el azul del cielo. Acia la caída de la tarde desarrollaban principalmente con mas ostentacion su belleza, entonces se reunian al poniente adornadas con los mas bellos colores, y ofrecian á la vista las mas extraordinarias formas.

Una tarde, media hora antes de la puesta del sol, el viento alisio del Sud-Este se amainó, como suele suceder en aquellas horas. Las nubes que acarrea á distancias iguales, asi como su soplo, se hicieron mas escasas, y las del Oeste se detuvieron y agruparon formando paisage. Figuraban una tierra inmensa compuesta de altas montañas, divididas por profundos valles, sobrepujadas de piramidales rocas, en cuyas cimas y flancos aparecian nieblas desprendidas, semejantes á las que se elevan de las tierras verdaderas. Un caudaloso río parecia correr en sus valles y caer acá y allá en cataratas: un puente inmenso, apoyado sobre arcos medio arruinados, lo atravesaba. Selvas de cocoteros, en medio de las cuales veianse haciendas, se elevaban en las cimas y perfiles de es-

ta isla aerea. Todos estos objetos no estaban matizados de púrpura, amarillo dorado, nacar, esmeralda, tan frecuentes en las puestas del sol de aquellos parages; este paisaje no era un cuadro iluminado; era una lámina, donde se reunian todas las armonias de la luz y de las sombras, presentaba una comarca alumbrada, no de frente por los rayos del sol, sino por detrás, por sus reflejos. En efecto, desde que el astro del dia pasó á espaldas del cuadro, algunos rayos descompuestos iluminaron los arcos semi-transparentes del puente, de un color punzó, se reflejaron en los valles y las cimas de las rocas, mientras que sus contornos cubiertos por innumerables torrentes de luz del oro mas puro devergeaban ácia los cielos como los rayos de una gloria; empero la masa entera quedó en su media tinta oscura, y se veian al rededor de las nubes que salian de sus flancos, los resplandores de los truenos, cuyo ruido se oia á lo lejos. Hubierase dicho ser esta una tierra verdadera, situada á legua y media de nosotros. Tal vez era una de aquellas reverberaciones celestes de alguna isla lejana, de la cual las nubes nos repetian las formas con sus reflejos, y los truenos con sus ecos. Muchas veces los marinos espertos han sido engañados por semejantes aspectos. Sin embargo, toda esta pompa fantastica de magnificencia y terror, estas montañas cubiertas de palmeras, estas tempestades que resonaban sobre sus cimas, este rio, este puente, todo se hundió y desapareció al apocsimarse la noche. El astro de la noche, la triple Hécate, que presenta con armonias mas suaves las de Febo cuando se eleva al horizonte, disipó el imperio de la luz para que rei-

naran las sombras. Muy pronto estrellas innumerables brillaron con resplandor eterno en el seno de las tinieblas. ¡Oh! si el dia no es otra cosa sino la imagen de la vida, si las rápidas horas del alba matinal, del medio dia y de la noche, figuran las edades, tan fugitivas de la infancia, de la juventud, de la virilidad y de la vejez; la muerte, asi como la noche, debe descubrirnos tambien nuevos cielos y nuevos mundos!

E. P.

LA CIMITARRA.

Ven, compañera, ven: tu sola eres la que llenas mi alma de ventura: en ti se encierran todos mis placeres, y solo encuentro la delicia en ti. Nacido entre el clamor de la pelea, me arrulló de las balas el silvido, y miré al moribundo divertido, espirar convulsivo junto á mi.

A el abrir la pupila, lo primero que llamó mi atencion fué tu cuchilla, y me gustaba mas mirar tu acero, que apoyarme en el seno maternal. Y mis manos endebles soportaban tu peso extraordinario, y en mi oido tu nombre delicioso repetido, primero pronuncié que el paternal.

En la edad del amor pesado arnés ocupaba mi pecho solamente, y llevaba pintado en el pavés con colores de sangre mi puñal. La belleza jamas fijar logró mi corazon frenético por gloria, y escuchaba el clarín de la victoria con un contento siempre sin igual.

En lecho perfumado de una esposa,
en el harem, el baño ó la Mezquita,
escuchando el „te amo” de una hermosa,
algunos el placer encontrarán.

Y yo mientras ansioso por laureles,
mi vida en los combates aventuro,
y blandiendo el acero, me figuro
hallarme en los jardines de un Sultan.

Y torno victorioso, y arrobado
de verme precedido de la fama,
la Cimitarra aprieto alborozado,
y mis sienes abrasan el laurel.

Y mi nombre por todos repetido
escucho enaltecido por do quiera,
y mil hermosas... la nacion entera
venirme sus inciensos á ofrecer.

¡Insensato!! Olvidarás
esa tu loca fiera,
y tu frente humillarás
á los pies de una belleza.

Y perder consentirás
el esplendor con que brillas,
y el capricho seguirás
de una muger... de rodillas.

Y esa mano que gloriosa,
terror del cristiano fué,
la sugetará una esposa
con una cadena al pie.

Y arrojarás el puñal
y olvidarás, la corona,
y adorará por tu mal
la hermosa que te aprisiona.

ALMANZOR.

SOBRE EL SEPULCRO

de mi prima Trinidad.

Descansa para siempre, mantente en tu letargo,
no vengas, niña hermosa, mis penas á avivar:
dichosa yo te creo, pues ya lejos del mundo
allá en el Cielo bello podrás libre gozar.

Allí mientras que tristes tus padres, tus hermanos,
por ti ruegan postrados delante del Señor,
suplicas á la Virgen que, siendo tan piadosa,
mitigue de tus padres el árido dolor.

Maria por tus ruegos, sabrá colmar de dicha
á todo el que ha llorado tu muerte, tu sufrir.
descansa, virgen pura, mantente en tu letargo,
que yo por encontrarte tambien quiero morir,

T. R. de Arellano.

TEATRO.

En la noche del primero se ejecutaron dos lindisimas piezas: la primera, *Hacerse amar con peluca*, cuya ejecucion nos agradó infinito,

particularmente los señores Jimenez y Ortiz, que estuvieron felicisimos: los demas actores lograron cubrir el lleno de sus papeles. La otra fué *La verdad por la mentira*, del señor Asquerino, ejecutada hace pocos dias, y cuyo analisis hizo en su lugar uno de nuestros cõlegas, elojian-

do sus sales andaluzas, y el buen desempeño de ella; solo añadiremos que en esta noche, como en la anterior, la jóven Adela Martinez con su gracia amenizó la funcion, dándonos á conocer la envidiada sal de las hermosas nacidas bajo el bello cielo de la tierra é Dió

El tres se repitió la *Segunda parte del Pelo de la dehesa*, de la cual ya han hablado otros periódicos

El cuatro *Los Hijos de Eduardo*, drama en cuya ejecucion la señora Albacete estuvo bien, particularmente en la despedida de sus hijos al final del último acto, en que los vé procsimos á la muerte: sus ademanes fueron buenos, y nos hizo ver lo que siente el corazon de una madre en tan terribles momentos. La niña Espinosa tocó su papel, con especialidad en todo el primer acto. La jóven Martinez comprendió bastante bien el suyo, con particularidad en algunas situaciones, pero hizo un bello rey de Inglaterra, ante el cual se doblaria mas de una rodilla á rendirle homenaje.

El señor Vivanco lució sus buenas disposiciones y su aplicacion.

El señor Montero, cuyo difícil papel nunca agrada al espectador por el odiado caracter que representa, tubo escenas bastantes buenas, donde tocó esos sentimientos viles, mucho mas difíciles de espresar que los generosos y nobles.

El señor Ortiz comprendió tambien el suyo. Concluyó la funcion con un sainete antiguo, pero donde el señor Jimenez nos agradó sobremanera.

Sin embargo, la concurrencia fué escasisima; no sabemos en que consistirá.

ANUNCIO.

Recomendamos encarecidamente á nuestros lectores la novela que está escribiendo D. Wenceslao Ayguals de Izo con el titulo de *María ó la hija del Jornalero*: describe en ella las costumbres madrileñas, las fiestas y grandes acontecimientos politicos ocurridos desde la promulgacion del Estatuto: tenemos entendido que el señor Ayguals al escribirla favorece las clases menesterosas, descorriendo el velo que encubre á criminales muy encopetados.

Basta solo el nombre de su autor para servir de garantia á esta produccion: el señor Ayguals ha alcanzado ya muchos lauros y coronas artisticas.

EL GENIO,

periódico que se publica en Barcelona, bajo la direccion de D. Victor Balaguer, autor del drama titulado *Tercera parte del Zapatero y el Rey*, de *Padilla el Comunero*, y otros. Este ameno periódico le recomendamos por sus bellas producciones y las distinguidas plumas con que cuenta su redaccion; ademas de que el nombre de su director es ya bastante conocido con general aplauso en las bellas producciones con que ha enriquecido nuestra escena.

EL GATO, periódico mensual satirico que se publica en esta poblacion, redactado por una sociedad de jovenes: recomendamos esta produccion. Se suscribe á 5 reales al año en Córdoba y 6 fuera de ella franco.

Director.—*Manuel Díez F. de Córdoba.*

Córdoba: Establecimiento tipográfico de Garcia y Manté, calle de la Librería núm. 2.